



EL PODER EPISTÉMICO COMO SOPORTE DE LA EXPANSIÓN AGROINDUSTRIAL: EL MAÍZ EN ECUADOR¹

EPISTEMIC POWER UNDERPINNING AGROINDUSTRIAL EXPANSION: MAIZE IN ECUADOR

Tamara Artacker²

Este artículo analiza la expansión agroindustrial en la Provincia de Manabí, Ecuador, centrándose en la cadena de maíz amarillo duro y la inserción de las pequeñas agriculturas familiares. A partir de un enfoque crítico del poder, se argumenta que dicha expansión no se sostiene únicamente por mecanismos visibles como el despojo o la violencia, sino también por registros menos visibles de poder, particularmente el poder epistémico. Este opera mediante la imposición de saberes tecnocientíficos, la deslegitimación de los conocimientos campesinos locales, para crear jerarquías entre saberes, entre quienes son reconocidos como portadores legítimos de conocimiento y quienes son convertidos en meros ejecutores de la receta agroindustrial. El análisis muestra cómo estas dinámicas no solo afectan la organización agrícola y los modos de producción, sino también las estructuras sociales, territoriales y de conocimiento en el ámbito rural. Sin embargo, se identifican también espacios de fricción y adaptación creativa, donde las y los pequeños productores desafían de manera sutil el régimen de saber dominante. Se propone la necesidad de abordar críticamente los marcos de saber que sostienen la expansión agroindustrial, reconociendo su papel en la configuración de decisiones, legitimidades y en la transformación de los paisajes en los territorios rurales.

Palabras claves: poder epistémico, expansión agroindustrial, agricultura familiar campesina, régimen de saber, Ecuador.

This article analyzes agroindustrial expansion in the province of Manabí, Ecuador, focusing on the yellow maize supply chain and the integration of smallholder family farming. Drawing on a critical approach to power, the article argues that this expansion is sustained not only through visible mechanisms such as dispossession and violence, but also through less visible registers of power, particularly epistemic power. This form of power operates through the imposition of technoscientific knowledge and the delegitimization of local peasant knowledge, thereby creating hierarchies among different forms of knowledge—between those recognized as legitimate knowledge holders and those reduced to mere executors of the agroindustrial formula. The analysis shows that these dynamics affect not only agricultural organization and production practices but also the social, territorial, and epistemic structures of rural life. Nevertheless, spaces of friction and creative adaptation are also identified, in which small-scale producers subtly challenge the dominant knowledge regime. The article calls for a critical examination of the knowledge frameworks underpinning agroindustrial expansion, recognizing their role in shaping decisions, forms of legitimacy, and the transformation of landscapes in rural territories.

Key words: Epistemic power, agroindustrial expansion, peasant family farming, knowledge regime, Ecuador.

Las formas en las que son usados los suelos del planeta están en constante cambio. Se estima que tres cuartas partes de la superficie terrestre han sido alteradas por los humanos (Levers et al. 2018; Winkler et al. 2021). Las transformaciones conllevan tendencias que son preocupantes: las superficies

usadas para la agricultura y pastoreo se expanden, especialmente en el Sur Global (Winkler et al. 2021), y representan los biomas terrestres más extendidos (Foley et al. 2005). La expansión de la frontera agrícola tiene consecuencias ecológicas importantes y se ha convertido en uno de los principales impulsores del

¹ Manuscrito originalmente presentado como ponencia en el *Cuarto Seminario Permanente de Investigación sobre Territorios, Ruralidades, Ambiente, Interculturalidad y Alimentación en el Ecuador (SEPI IV)*, realizado en la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB), en Quito, entre el 16 y el 18 de octubre de 2024. El *dossier* compila una muestra de ponencias destacadas con las que se espera ofrecer una panorámica de las orientaciones y preocupaciones de los estudios rurales y territoriales en el Ecuador. Este trabajo fue revisado por pares externos, editado por el Comité Editor de *Chungara*, y por Pablo Ospina Peralta, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito; Susana Dueñas, Universidad Central del Ecuador, Quito; Lama Al Ibrahim, Centro Andino de Acción Popular, Quito, y Lorena Toro Mayorga, Universidad Técnica del Norte, Ibarra, editores invitado/as.

² Institute of Social Ecology, Department of Economics and Social Sciences, BOKU University, Vienna, Austria. tamara.artacker@boku.ac.at, ORCID: 0000-0003-2511-5990

Recibido: julio 2025. Aceptado: abril 2026.

DOI: 10.4067/s0717-73562026000100510. Publicado en línea: 23-junio-2026.



cambio climático, por ejemplo, porque acelera la deforestación de los bosques tropicales (Gibbs et al. 2010; Mahmood et al. 2010). De ahí la necesidad de comprender los procesos sociales, tanto los que generan los cambios en el uso de suelo como los que resultan de estas transformaciones.

En Ecuador vemos tendencias claras: la superficie total dedicada a unos pocos rubros, destinados a la exportación y la agroindustria interna, aumenta constantemente. Al mismo tiempo, la superficie dedicada a la producción diversificada, la producción de hortalizas y frutas para el consumo local, está en disminución (Daza et al. 2020). Estas dinámicas se hacen visibles en la homogenización de los paisajes en la región de la costa ecuatoriana: kilómetros de cultivos de banano, extensiones interminables de palma de aceite, la geometría única de los crecientes cultivos de pitahaya, o especialmente dominantes en provincias como Manabí donde se observan lomas y lomas cubiertas de maíz amarillo duro. Estos paisajes nos llevan a preguntarnos sobre los procesos que están detrás de esta homogenización visible. ¿Quiénes son los actores que inciden en las decisiones productivas? ¿Cuáles presiones impulsan el cambio de uso del suelo? ¿Significa que las y los campesinos están desapareciendo, mientras que el control sobre la tierra está en manos de los grandes capitales?

La agricultura familiar campesina juega un rol fundamental en el escenario agroproductivo del Ecuador (Daza et al. 2023; Laforge y Caller i Salas 2016). Sin embargo, las tendencias arriba descritas implican presiones sobre las agriculturas campesinas: por un lado, a ceder el territorio a otros actores y, por otro lado, a integrarse a las cadenas agroindustriales para producir justamente uno de los rubros en expansión que dominan los paisajes. Eso llevó a que las extensiones de maíz amarillo, de banano, caña de azúcar o palma aceitera también se han convertido en caras visibles de las agriculturas familiares, no solamente de las unidades grandes y empresariales.

El presente texto se enfoca justamente en este grupo: las agriculturas familiares campesinas que se van insertando a las cadenas agroindustriales. A través del caso de la pequeña producción de maíz amarillo duro en Ecuador se busca discutir las presiones e incentivos para impulsar el cambio de uso de suelo mediante de la integración de la pequeña agricultura en dichas cadenas. Específicamente, el objetivo es echar luz sobre la dimensión *epistémica* para debatir las formas menos visibles en las que actúa el poder,

en estas situaciones de una aparente libertad en las tomas de decisiones por parte de las y los agricultores.

Metodológicamente, el artículo se basa en una investigación cualitativa y con enfoque etnográfico. La decisión de usar un enfoque etnográfico está íntimamente relacionada con la comprensión subyacente de la producción de conocimiento como campo profundamente arraigado en dinámicas de poder, más que como un proceso neutral u objetivo. En vez de recuperar datos “objetivos”, el estudio se propuso entender las relaciones de poder y los procesos de transformación desde la perspectiva de las y los participantes de la investigación, así como explorar, describir y entender la producción de significado dentro de mundos sociales concretos (Brodsky et al. 2016; Dutta 2016; Hitzler y Gothe 2015). La investigación de campo se llevó a cabo durante el año 2022, con una organización de productores maiceros en la Provincia de Manabí. Durante tres estancias, de dos meses en total, se usaron métodos de observación participante, dos talleres de grupos focales, conversaciones informales y 32 entrevistas semiestructuradas principalmente a productores y productoras maiceras, pero también a representantes de la agroindustria y entidades estatales como el Ministerio de Agricultura, el Instituto Nacional de Investigaciones Agropecuarias y la Conferencia Plurinacional e Intercultural de Soberanía Alimentaria. Las y los entrevistados fueron seleccionados según la diversidad de sus características, su relevancia para la pregunta de investigación y la influencia que ejercen dentro del sector del maíz objeto de estudio, basado en la comprensión de que el muestreo etnográfico es un muestreo intencional y basado en criterios (Dutta 2016:72). Adicionalmente, se aplicó entre marzo y abril de 2022 una encuesta tipo censo a los 37 miembros de la organización que nutre la descripción de la situación material de las y los productores maiceros.

Por razones éticas y de confidencialidad, y en concordancia con las y los participantes de la investigación, se decidió mantener en el anonimato la parroquia y la organización donde se realizó el estudio. Se usan pseudónimos para las personas que se mencionan en el texto. Para contextualizar, se trata de una comunidad de aproximadamente 3.000 habitantes, ubicada a 20 minutos en automóvil desde la ciudad más cercana y predominantemente agrícola. Según el Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial (2019-2023), en 2015 existían 219 unidades de producción agrícola, dedicadas principalmente al cultivo de maíz amarillo duro. El paisaje está marcado

por lomas, con altitudes que oscilan entre 200 y 500 msm. La zona donde la mayoría de los miembros de la organización cultiva su maíz duro se caracteriza por ser bosque seco tropical, un ecosistema de alto valor en términos de biodiversidad y nivel de endemismo, aunque también muy amenazado por la deforestación (Dodson y Gentry 1991; Rivas et al. 2021).

El argumento del texto se desarrolla así: en la sección siguiente se presentan consideraciones teóricas sobre el poder en la expansión agroindustrial, proponiendo que para analizar el cambio de uso de suelo es útil diferenciar varias modalidades de poder para explicar a profundidad los procesos de transformación. Luego se ofrece un panorama general de la producción de maíz en Ecuador y en Manabí. Más adelante se exponen los hallazgos del trabajo de campo detallando las condiciones materiales de la pequeña producción maicera en Manabí, y se analiza la dimensión de los saberes en la expansión maicera. Se cierra con reflexiones sobre el rol del poder epistémico en el cambio rural.

Registros de Poder y Expansión Agroindustrial. Algunas Consideraciones Teóricas

Conectando preguntas por el cambio de uso de suelo y el poder, muchas veces primero resalta lo más visible: actores poderosos que con influencias políticas y capacidades económicas controlan cada vez más superficies productivas. En los estudios críticos agrarios se han abordado ampliamente estos procesos como acaparamiento de tierras (Borras et al. 2012) -que incluye la compra de grandes extensiones por parte del capital (transnacional), muchas veces relacionado a la especulación financiera- y procesos de “acumulación por despojo” (Harvey 2003), como procesos mediante los cuales se expropián recursos naturales y territorios a comunidades locales a favor de intereses privados o corporativos. Este control directo sobre superficies importantes por parte del capital conlleva el despojo y desplazamiento de otras formas de usar la tierra, formas de producción campesina, de pequeña escala y no “competitivas” según esta lógica mercantil.

La perspectiva de economía política agraria ha enfatizado la centralidad de la mercantilización, la financiarización y la privatización en los procesos de expansión capitalista en el campo (Bernstein et al. 2018; Harvey 2003). En términos de las formas en las que actúa el poder, en los casos de acaparamiento de tierra se suele enfocar en las formas de dominación

y el ejercicio de fuerza o violencia que acompañan tales procesos y que hacen posible el desplazamiento de poblaciones (Frederiksen y Himley 2020). Muchas veces en estos casos la fuerza pública es usada para apoyar los intereses corporativos y para actuar violentamente en contra de poblaciones locales. De esta forma se genera un cambio de uso de suelo como resultado del ejercicio directo de fuerza sobre actores territoriales.

Desde perspectivas posestructuralistas, el análisis del control territorial se amplía hacia la constitución de sujetos agrarios, el poder que opera a través del saber y la imaginación, disputa y puesta en acto de los futuros rurales. Esto supone visibilizar las dimensiones discursivas y gubernamentales del cambio rural. Inspiradas en Foucault y en claves posdesarrollistas, subrayan el carácter construido de la ruralidad y del “campesinado”. Escobar muestra cómo el campesino no es una categoría natural, sino histórica y políticamente producida por políticas de desarrollo, reformas y ayuda internacional -la “desarrollización” del campesinado-, a partir de “verdades” que legitiman intervenciones y normalizan racionalidades eurocéntricas (Escobar 1995).

El trabajo de Escobar sobre el discurso del desarrollo conecta con el enfoque de Tania Murray Li. En *The Will to Improve* (2007), Li muestra que el desarrollo actúa como “gobierno” foucaultiano, educando deseos y configurando hábitos, aspiraciones e identidades, mientras recodifica la agricultura y el uso de la tierra como problemas técnicos para impulsar el mercado, la propiedad privada y la productividad. En *Land's End* (Li 2014), documenta cómo las relaciones capitalistas emergen desde dentro de comunidades indígenas que privatizan tierras comunales para cultivar cacao, produciendo fragmentación y desigualdad sin coerción directa, combinando aspiraciones materiales y presiones estructurales. De forma similar, Giraldo (2018) enfatiza que las relaciones de poder menos visibles, en especial la seducción y persuasión, se hacen particularmente relevantes en momentos de inclusión en vez de exclusión. Al mismo tiempo, define las intervenciones de la revolución verde y los cambios inducidos en las prácticas como una “colonización ontológica y epistémica” en curso: se marginan cosmovisiones campesinas, prácticas locales y relaciones comunitarias con la tierra, mientras se privilegia el conocimiento científico y experto sobre saberes ancestrales y relacionales.

En Ecuador, Daza aplica la gubernamentalidad para analizar el modo en que el Estado y otros actores

(corporativos, indígenas, campesinos) configuran políticas, agendas e interpretaciones de los problemas rurales; con la Ley de Tierras de 2016 evidencia la disputa por establecer “verdades” que orientan la acción pública y administran poblaciones a través del manejo de su deseo de bienestar (Daza 2016). Complementariamente, Lasso examina el “régimen de verdad” que sustenta la penetración capitalista del sistema agroalimentario -especialmente bajo el gobierno de Rafael Correa (2007-2017)-, mostrando cómo “verdades” globalizadas producen nuevas territorialidades y desterritorializan modelos campesinos y agroecológicos, con efectos materiales y simbólicos muy precisos (Lasso 2019).

Estas perspectivas se nutren de algunos aportes foucaultianos a la comprensión y conceptualización del poder que también sostienen el enfoque del presente trabajo. Siguiendo a Foucault, el poder debe entenderse como relacional y multidireccional, más allá de la dominación vertical o de su concentración en actores “poderosos”: opera en registros cotidianos y sutiles al influir, facilitar o dificultar acciones, sin negar la agencia de los sujetos. Para Foucault, gobernar es la “conducción de conductas”: estructurar el campo de acción posible de otros según intereses o fines estratégicos, sin resultados asegurados de antemano, dado que siempre hay un abanico de respuestas y trayectorias abiertas. El gobierno implica un repertorio heterogéneo de técnicas que pueden combinarse o tensionarse entre sí (Foucault 1982:789-790).

Desde esta perspectiva foucaultiana, el poder no se agota en lo represivo o restrictivo: tiene una dimensión productiva. Esto implica que produce sujetos, verdades, normas e imaginarios. Los dispositivos disciplinarios (p.ej., la prisión) producen “cuerpos dóciles” y también el campo de saber que constituye al “delincuente”; de modo similar, la “locura” se vuelve observable y clasificable a la vez que se instituye la norma que la define (Foucault 2002 [1975], 2015 [1961]). Esta mirada inspira al posdesarrollo: el aparato del desarrollo “produce” subdesarrollo al imponer métricas y modelos eurocéntricos que desatienden saberes locales y legitiman intervenciones que reproducen relaciones coloniales (Escobar 2007; Esteva 2010).

El Poder Epistémico

Esta perspectiva permite conducir la atención hacia la relación indisoluble del poder/saber (Foucault 1980). Permite concebir el saber como ámbito no

neutro: define lo decible y lo visible, opera como fuerza normativizadora, normalizando discursos y legitimando relaciones de poder; a la vez, es configurado por esas mismas relaciones. Este acoplamiento tiene efectos materiales: establece jerarquías, orienta prácticas, desplaza o desautoriza otros saberes y modos de ver. Así, el saber es simultáneamente efecto y mecanismo del dispositivo de poder (Foucault 1980:196).

Desde esta perspectiva, la “verdad” no remite a una realidad objetiva por descubrir, sino a regímenes de verdad históricamente situados: políticas generales que determinan qué discursos funcionan como verdaderos, cómo se distingue lo verdadero de lo falso, qué procedimientos valen para producir verdad y quiénes están autorizados a enunciarla (Foucault 1980). Estos regímenes son contingentes y cambian con las transformaciones de las relaciones de poder.

Desde el concepto de la colonialidad del saber se aborda la manera en la que la deslegitimación de saberes está fuertemente asentada sobre divisiones coloniales, según los que el *saber* estaría ubicado únicamente en el Norte Global (asociado a la racionalidad y ciencia), mientras que en el Sur Global gobernaría la emoción y la mística (Lander 2000; Mignolo 2010). Esta división funge de base para establecer jerarquías del valor de saberes del norte y el sur y construir saberes específicos del Norte como universales. Las y los pensadores decoloniales utilizan el concepto de la *colonialidad del saber* para cuestionar el establecimiento de una hegemonía del saber occidental, señalando que desde esta supuesta “superioridad epistémica” se está ejercitando una violencia menos visible: la violencia epistémica (Palermo 2010; Polo Blanco 2016). Esta violencia se refiere a procesos de negación de la validez de ciertos saberes, la apropiación no autorizada de conocimientos tradicionales, la imposición de estándares occidentales y eurocéntricos como únicos válidos (Grosfoguel 2011). Nos señala que la ciencia, el conocimiento y su aplicación no son neutros sino contruidos sobre relaciones de poder y divisiones coloniales. Como indica Vandana Shiva (2016), un factor fundamental de la revolución verde fue la despolitización de la ciencia y tecnología, basándose en la idea de la neutralidad de ambas e invisibilizando al mismo tiempo las relaciones de poder en las que se envuelven y los impactos sociales que generan. Otros autores como Giraldo (2018) ya han señalado esa violencia como una forma de despojar a los agricultores de sus formas de saber y de hacer, a través de una

imposición de recetas creadas en el norte mientras que se deslegitiman las maneras locales de cultivar o de tomar decisiones productivas.

En el presente texto se busca analizar las transformaciones epistémicas que acompañan la integración de la agricultura familiar campesina a la cadena agroindustrial del maíz, con énfasis en el rol de los saberes como parte de las relaciones de poder. Desde esta perspectiva, el texto propone un análisis crítico y etnográfico de un caso concreto de expansión agroindustrial, conectando dimensiones materiales y simbólicas. El aporte particular radica en añadir densidad empírica a análisis más amplios como los de Giraldo y Escobar. En lugar de buscar “grandes momentos” o rupturas, me centro en la cotidianeidad: cómo el poder epistémico se expresa en la vida diaria y cómo impulsa y legitima transformaciones en el uso del suelo. En sintonía con Li (2007, 2014), pero con foco en el contexto sudamericano, mi interés está en los mecanismos capilares mediante los cuales saberes expertos, dispositivos de intervención y promesas de bienestar reconfiguran prácticas, aspiraciones y territorialidades rurales. Entiendo, así, mi aporte en la intersección entre los estudios agrarios críticos, los debates posestructuralistas sobre el cambio rural y la ecología política.

En lo que sigue se aborda la situación de la producción maicera en Ecuador y, más concretamente, en Manabí, antes de entrar en detalles de los resultados de la presente investigación en torno a la dimensión epistémica de los procesos de integración de la pequeña agricultura.

Maíz Amarillo Duro en Ecuador y en la Provincia de Manabí

A nivel nacional

En términos de superficie plantada, el maíz amarillo duro representa el segundo cultivo más importante en el Ecuador, después del cacao. De los cultivos de ciclo corto es, por lo tanto, el más extensivo, ocupando el 31% de la superficie de cultivos transitorios (Ministerio de Agricultura y Ganadería 2022). Esta expansión del maíz duro se desarrolló a costa de otras variedades nativas de maíz, tradicionalmente producidas en cultivos asociados, que fueron disminuyendo paulatinamente (Campana 2008). En 2022, se cultivaron 372.581 ha de maíz duro repartidas principalmente entre las provincias costeras de Manabí, Los Ríos, Guayas, Loja, Santa Elena y El Oro, llegando a una producción anual

total de 1.641.131 toneladas (Sistema de Información Pública Agropecuaria, SIPA 2024). En la gran mayoría de esta superficie solo se produce una cosecha por año. En otras palabras, el 82% de la producción del maíz amarillo duro se debe al ciclo de invierno, de siembra en la época lluviosa (Ministerio de Agricultura y Ganadería 2022). Solo en ciertas regiones que cuentan con acceso a riego, especialmente en la Provincia de Los Ríos, se producen dos o hasta tres cosechas al año.

Según el informe del Ministerio de Agricultura de 2020, el 94% de las semillas usadas en la producción de maíz amarillo duro fue certificada -es decir, de origen comercial y adquiridas por las y los agricultores en ese mismo ciclo-, mientras que solo el 6% correspondió a semilla reciclada de ciclos anteriores por el propio productor (Ministerio de Agricultura y Ganadería 2020). La superficie promedio es de 4.33 ha, a nivel nacional y el 85% de los productores cultiva menos de 5 ha de maíz, mientras que solo el 6% tiene más de 10 ha. Hay que tomar en cuenta que las extensiones varían mucho según la región: mientras en Los Ríos encontramos mayores extensiones y mayor nivel de tecnificación, por ejemplo, con el uso de tractores, en Manabí los productores en promedio tienen menos hectáreas de maíz y prácticamente todos los procesos de siembra a cosecha se hacen manualmente o con poco nivel de tecnificación (p.ej., moto-guadaña, bomba a motor, etc.).

El 86% de los productores maiceros tiene en el maíz su principal fuente de ingreso, lo que indica un alto nivel de dependencia de la venta de este único cultivo. Pérdidas y afectaciones en la cosecha, en consecuencia, impactan seriamente las economías de las familias productoras. En términos de trabajo resalta el hecho de que la mayoría de los y las productoras usa en primer lugar mano de obra familiar (no pagada) en sus cultivos, correspondiendo al 74% de las personas que trabaja en este sector (Ministerio de Agricultura y Ganadería 2022). Quiere decir que tan solo el 26% de las labores agrícolas en el maíz duro es realizada por mano de obra remunerada -y de estos la mayoría está formada por trabajadores ocasionales, contratados para momentos de siembra, cosecha y aplicaciones de agrotóxicos-.

La importancia del maíz amarillo duro se debe no a su peso para la dieta humana, sino como base del balanceado industrial para la industria avícola y porcina que vivió un crecimiento exponencial desde la década de 1970 (Leon y Yumbra 2010)¹. El balanceado de las industrias ecuatorianas está compuesto entre un 60% y 77% por maíz amarillo duro, por lo que es

el principal destino de la producción de este grano (Superintendencia de Control del Poder de Mercado 2023:256). Debido a su anclaje a la industria, tanto por el abastecimiento con los insumos productivos como por la venta del grano a esos actores, la cadena de maíz es altamente concentrada, mostrando un control muy marcado por parte de pocas empresas. En términos de compra de maíz, entre las dos empresas más importantes absorben más del 50% del grano producido (Superintendencia de Control del Poder de Mercado 2023:260). Esta concentración de ambos lados de la cadena aumenta la presión sobre los pequeños productores de maíz, por ejemplo, por la capacidad empresarial de imponer los precios, tanto de los *kits* de insumos como del grano de maíz².

Manabí

A nivel de la Provincia de Manabí, vemos que, según el Sistema de Información Pública Agropecuaria, en el año 2022 se cultivaron 113.000 ha de maíz amarillo duro, lo que lleva a este grano, igual que a nivel nacional, a ser el segundo cultivo de mayor extensión en la provincia, después del cacao. En Manabí encontramos la mayor parte de unidades de producción maicera a nivel nacional, con alrededor de 34.600 fincas (Ministerio de Agricultura y Ganadería 2022). Sin embargo, aunque en Los Ríos hay ligeramente menos unidades de producción, allí se produce un mayor porcentaje de la producción total (debido a un mayor rendimiento y, sobre todo, la posibilidad de tener más de un ciclo de maíz por año). Entre los principales problemas que declaran los productores maiceros en Manabí están la falta de agua y la incidencia de enfermedades y plagas (Ministerio de Agricultura y Ganadería 2020).

En la Provincia de Manabí la producción de maíz amarillo duro se concentra en zonas específicas, especialmente en los cantones de Tosagua, Paján y Jipijapa, en este orden (Ministerio de Agricultura y Ganadería 2025). Son en su mayoría zonas secas que no cuentan con riego y, por lo tanto, producen un ciclo anual, sembrando con el inicio del invierno, entre enero y febrero. Cabe destacar que, debido a la aplicación de *kits* de agroquímicos en gran parte de esta provincia, se ha perdido la práctica de sembrar el maíz de forma asociada (p.ej., con fréjol o con zapallo), y tampoco se trabaja con cultivos intermedios ni se aplica rotación de cultivos. Quiere decir que, año tras año, son las mismas tierras usadas para los monocultivos de maíz, degradando los suelos

y profundizando la dependencia de fertilizantes químicos para mantener el rendimiento.

Las Condiciones Materiales de la Pequeña Agricultura Maicera en Manabí

El ejemplo de una organización de maiceros en Manabí da mayores luces sobre la inserción de sus miembros en las cadenas productivas, su relación con la agroindustria, las transformaciones de sus prácticas y las expectativas sobre la producción del grano amarillo. La mayoría de sus 37 miembros (90%) depende principalmente del cultivo de maíz, aunque son muy pocos los que no acceden también a algún tipo de ingreso fuera de su finca para poder sostenerse, principalmente en construcción, transporte, o también como jornaleros en fincas de otros. Las extensiones que producen no son muy grandes -el 47% produce menos de 5 ha, el 43% entre 5 y 10 ha y solo el restante 10% cuenta con una extensión mayor a 10 ha-, pero el maíz marca su año, sus actividades, sus expectativas, su estado de ánimo, sus relaciones sociales, su nivel de vida.

Todas y todos tienen sus raíces familiares en la agricultura, muchos vienen de familias cafetaleras. El maíz en esta región siempre ha estado presente, pero no el maíz que siembran hoy. Desde hace generaciones y generaciones se producían variedades nativas, especialmente el maíz amarillo, “para las tortillas”, como suelen nombrarlo. Pero no solo para las tortillas, sino para un sinnúmero de platos típicos de la zona que conforman la dieta tradicional. Muchos de los productores aún conservan ese maíz nativo y reproducen sus semillas, pero la dimensión de esta producción es mínima en comparación con el maíz duro híbrido que se ha establecido y expandido en las últimas décadas.

Es llamativo el alto nivel de dependencia de las y los productores de un solo cultivo, concentrando su tierra en maíz híbrido: 61% dedica el 100% de su superficie, 14% entre 90% y 99%, y 8,3% entre 80% y 89%. Quiere decir que, en total, 83,3% destina al menos 80% de su tierra a este cultivo. A esto se suma el hecho de que el 68% de los miembros de la organización cultiva su maíz principalmente sobre tierras arrendadas.

Junto con esta homogenización, una serie de aspectos de la producción de maíz ha cambiado con la introducción de las semillas certificadas. El nivel de endeudamiento es alto y su capacidad de acceder a crédito determina su capacidad productiva. El alto

costo de inversión -alrededor de USD 1,800 por ha de maíz en 2022, según el levantamiento propio de información- les obliga a conseguir financiamiento para poder seguir siendo agricultores. Sin crédito, probablemente ninguno de ellos sería maicero hoy día, comentan.

El alto costo está directamente relacionado con la lógica de producción del maíz certificado e híbrido: no solamente la semilla patentada es cara, sino también todo el paquete de insumos que debe acompañar esta semilla para poder tener expectativas de un buen rendimiento. Esto implica que la mayoría (73%) de los productores consigue el *kit* de semillas e insumos a crédito con una de las principales empresas de importación y distribución de agroquímicos. A estos créditos acceden generalmente no como productores individuales sino como organización, aunque la deuda y los intereses a pagar son responsabilidad de cada agricultor. Al final del ciclo productivo tienen la opción de pagar sus deudas en grano o en efectivo. Pero la deuda con la empresa de agroquímicos no es la única que tienen las y los productores maiceros. Prácticamente todos y todas se ven en la necesidad de adquirir un segundo crédito para cubrir los gastos a lo largo del ciclo de maíz, sea con la banca pública o con familiares, amigos, *chulqueros* (prestamistas informales), etc. Esto se debe a que el crédito por parte de la empresa se da únicamente en forma de productos, pero no en forma de dinero para pagar, por ejemplo, a los jornaleros en momentos de siembra, fumigación o cosecha. En consecuencia, el 84% de los miembros de la asociación tiene un crédito con la banca pública BanEcuador³, el 46% con amigos y familia, el 5% con la banca privada y el 3% con un *chulquero* -normalmente combinando varios tipos de crédito y financiamiento para el mismo ciclo productivo-.

La configuración de sus actividades productivas y la dependencia de créditos para gastos diarios los integra en la “economía de la deuda” (Lazzarato 2012). El giro hacia el maíz híbrido profundiza la financiarización del campo en Manabí: incide en la economía campesina, impulsa nuevas modalidades de acceso al crédito y amplía la capacidad de intervención del capital sobre la producción y la toma de decisiones. Así, mientras la banca pública suele prorrogar el pago de deudas hasta noviembre, la empresa fija junio como fecha límite, incrementando la presión justo al inicio de la cosecha (que generalmente se realiza entre junio y septiembre), cuando el grano mantiene alta humedad. Esto deprime el precio recibido por

las y los agricultores debido a las penalizaciones por humedad y, al mismo tiempo, los obliga a adelantar la cosecha.

En esta organización de maiceros recuerdan que fue bajo el gobierno progresista de Rafael Correa que se empezó a incentivar la producción de maíz amarillo duro a través de urea subsidiada y la entrega de subsidios a los paquetes de insumos. Estas medidas se inscribieron en el *Proyecto Nacional de Semillas de Agro cadenas Estratégicas*, llevado a cabo por el Ministerio de Agricultura (Flores et al. 2023; Jenkins 2016). Justamente la entrega de la urea subsidiada durante el primer periodo del gobierno de Correa (2007-2012) también fue el impulso para la formación de muchas de las asociaciones maiceras -debido a que era un requisito obligatorio estar asociados para poder acceder a apoyo estatal-. Además, estos incentivos fueron momentos clave en los que muchos se inclinaron hacia la expansión de sus cultivos de maíz. Después de unos años sin la subvención a los paquetes productivos, desde 2022, bajo el gobierno de Guillermo Lasso, se volvió a implementar un apoyo de USD 250 por *kit* productivo, en el marco de una explosión en los precios de los insumos debido a la situación geopolítica global en un contexto de (post) pandemia y guerra en Ucrania.

Tanto el creciente nivel de endeudamiento entre las y los productores y la financiarización de su producción, como el direccionamiento de las políticas públicas son expresiones de las relaciones de poder que marcan la expansión agroindustrial, además de que muestran importantes alianzas público-privadas. Son también expresiones del establecimiento de un *deber ser*, una narrativa dominante sobre cuál es la mejor forma de hacer agricultura, cómo se mide el éxito en la agricultura, y cuál es el rol de la pequeña agricultura. En el siguiente apartado busco profundizar en varios aspectos de la relación entre la expansión maicera y el poder epistémico.

Los Saberes en la Expansión Agroindustrial del Maíz Amarillo Duro

Varios maiceros de la organización relatan historias de vida parecidas. Después de crecer en el campo y aprender a cultivar café y maíz con los padres, de jóvenes se mudaron a la ciudad a trabajar. A su vuelta al campo, años después, se encontraron con una realidad cambiada. El café estaba de baja, los precios decayeron y una plaga había acabado con muchos de los cultivos cafetaleros. Al mismo

tiempo las formas de cultivar maíz habían cambiado drásticamente, sus conocimientos de años anteriores, las enseñanzas que habían recibido de sus familias parecían haber perdido vigencia. El maíz como cultivo prometedor los atrajo y llegaron técnicos de las empresas privadas, vendedoras de las semillas y los químicos, a “enseñar” los pasos específicos para cultivar las nuevas variedades certificadas y, después, los híbridos de alto rendimiento que usan hoy día⁴. Así cuenta don Jacobo su reinserción en la producción de maíz, después de años de vivir en Guayaquil:

Y ya no me quedó otra actividad que dedicarme al maíz. Y a aprender la tecnología porque (...) no había tecnología antes. Ahora ya me tocó acercarme un poquito a la tecnología y a la nueva siembra porque [ríe], le cuento una historia. Nosotros antes sembramos el maíz a una distancia de 40 cm por 80, pero dos pepas. Pero ahora con la tecnología es cada 20 y una pepa (productor maicero, Manabí, marzo 2022).

Con el término “tecnología” don Jacobo abarca todo el sistema de cultivar maíz, desde las semillas certificadas, los insumos químicos importados, hasta las recetas específicas a aplicar en el cultivo. Hace la diferenciación entre el antes, la producción de sus padres, en un tiempo sin tecnología, y el ahora, cuando ha llegado esta nueva forma de saber y hacer. Habla de la tecnología con un cierto respeto, como de algo que viene de afuera y cuyo uso requiere de saberes específicos, saberes que manejan los “expertos” o los técnicos de diversas instituciones, los que han estudiado.

La jerarquización de saberes

La introducción de la “tecnología” no solamente cambia las formas de hacer agricultura y los insumos que se usan, sino que está relacionada con cambios en quién es reconocido como portador de conocimiento legítimo (léase aquí: *legitimado*) y el lugar donde se produce el conocimiento que guía las prácticas. Entender la dimensión epistémica no como neutra es clave para poner el foco en las relaciones y estrategias de poder que actúan en este campo y que influyen en las decisiones productivas y las transformaciones de la agricultura familiar campesina.

Las y los maiceros reciben por parte de las casas comerciales las recetas, instrucciones e indicaciones muy específicas sobre a qué distancia sembrar una semilla de la otra, a qué profundidad ubicar la semilla, y qué día aplicar qué tipo de fertilizante o herbicida. Algunas de las instrucciones están basadas en ensayos que se hicieron en la región en condiciones similares, otras vienen desde la empresa productora de los insumos, normalmente extranjera. Al inicio, las prácticas se quedan en la repetición de estos pasos básicos, porque la clave de la expansión global es que se sigan las recetas, y no necesariamente que las y los productores entiendan la ciencia detrás de la receta.

Parte de las estrategias de desplazar y devaluar saberes campesinos es la invisibilización de los efectos positivos de las prácticas tradicionales. Por ejemplo, con la meta de constantemente aumentar el rendimiento, acompañado por un uso cada vez más intensivo de agroquímicos, las recomendaciones del aparato agroindustrial incluyen el imperativo de aumentar la cantidad de plantas de maíz por hectárea, reduciendo el espacio entre plantas. Sin embargo, esta práctica genera problemas en los cultivos como mayor vulnerabilidad a enfermedades, especialmente por altos niveles de humedad. En contraste, las y los agricultores comentan que anteriormente plantaban con más espacio entre plantas y, en varios casos, aún lo hacen en sus cultivos de maíz nativo, de semillas propias y de uso para la alimentación familiar. En esos casos mantienen estas prácticas para asegurar mayor ventilación entre las plantas y, así, disminuir el riesgo de afectaciones por hongos.

Entrevistado 1: Aquí no había quemazón casi. (...) No fallaban los maíces, no fallaba, no le caía nada de quemazón. Este año que le está cayendo quemazón a este maíz.

Entrevistado 2: Más antes también los que sembramos, sembrábamos de 100 por 100 (...) de ancho. Y de largo poniendo de aquí para allá, más de 50, lo que son dos cuartas, como nosotros llamamos. (...) Con más espacio, exactamente. Y acá nosotros ahora cada vez vamos haciendo menos.

E1: (sembramos) más cerca (productores maiceros, Manabí, abril 2022).

A través de estas dinámicas se genera una separación entre los representantes del saber agrónomo

y los ejecutores de la receta, los productores. A pesar de su larga trayectoria como agricultores, incluso en el cultivo de maíz nativo, las y los productores son puestos y, según muestran sus relatos, se ponen a sí mismos, en la posición de aprendices, respondiendo a esta jerarquización.

Ellos [los técnicos] vienen a ofrecer su producto y uno va aprendiendo ahí con el tiempo (...) le van enseñando cómo es la siembra, cómo se siembra el maíz. Porque ahorita ya el maíz se siembra cada cuarta una mata, una mata, una pepa, una pepa. Así, antes se sembraba de camino en camino, un metro y de ahí era de 50 [centímetros] cada, cada, cada mata. Ahora ya no. (...) Y eran dos pepas, ahora ya es una pepa y de a cuarta y de camino en camino 70 [centímetros] (productor maicero, Manabí, marzo 2022).

En este caso, el productor se ubica a sí mismo como aprendiz al enfatizar que “ellos [los técnicos]... le van enseñando”, reconociendo una autoridad externa que guía su práctica pese a su experiencia acumulada en el cultivo. Al adoptar prescripciones específicas de siembra (distancias, número de semillas), subordina su saber práctico a la experticia técnica, mostrando una reconfiguración de su agencia en función de ese conocimiento especializado. Frente a la introducción de la “tecnología”, sus propios saberes, su experiencia y sus conocimientos acumulados y generados a través de procesos colectivos e individuales, parecen perder legitimidad y relevancia. Con eso cambia también el lugar de la producción del saber legitimado: ya no se generaría a nivel de finca, a través de procesos colectivos y experimentales, “proceso[s] histórico[s] de acumulación y transmisión de conocimiento [...] que toma la forma de una espiral en varias escalas espacio-temporales” (Toledo y Barrera-Bassols 2008:73), integrando diferentes generaciones, comunidades, familias, sino que el saber legitimado proviene de centros especializados, de investigación, innovación e inversión de capital.

Esta jerarquización se refuerza con la difusión de un lenguaje específico. Se introducen funguicidas, pesticidas, insecticidas -términos que hasta la introducción como parte de este modelo productivo no formaban parte del vocabulario de las y los maiceros de Manabí, como comentan algunos de

las y los productores mayores sobre sus procesos de integración a la cadena del maíz-.

Ellos [los técnicos] no nos explicaban cuál era para insecticida y cuál era herbicida. Entonces nosotros aplicamos por aplicar. Pues ya ahora que tenemos conocimiento de cuál es un funguicida y qué es un pesticida (productor maicero, Manabí, marzo 2022).

Pero tanto el término como su funcionamiento no son autoexplicativos y requieren de un nuevo proceso de ensayo y aprendizaje:

muchas veces nosotros no utilizamos ese producto porque no sabemos cómo aplicarlo. Yo, por ejemplo, ahorita estoy aplicando productos del año pasado, porque no sabía, pero ya me di cuenta “ah es para tal cosa”, entonces ya voy aplicando (...). Y muchos compañeros así me dicen, “yo también tengo un poco de productos que nunca los he aplicado porque no sabía qué era” (productor maicero, Manabí, marzo 2022).

El saber experto no solo abarca la gestión de la producción agroindustrial de maíz, sino también la capacidad de utilizar y comprender un determinado lenguaje. Ese lenguaje no emerge de la cotidianidad de la vida campesina, del mismo modo que las prácticas propias de la “receta” agroindustrial tampoco lo hacen. Tanto el lenguaje campesino cotidiano como el saber práctico que describe se mantienen en una posición inferior mediante la imposición de una “terminología experta”. Sostengo que la división lingüística resultante -entre distintas formas de nombrar y describir- es constitutiva del régimen de saber, pues permite identificar la posición desde la que se enuncia: la autoridad externa, escolarizada e informada, frente al saber experiencial. De este modo, opera como un mecanismo de diferenciación y exclusión.

Al hablar de la relación entre los diferentes híbridos de maíz y la cantidad de agua que cada uno requiere o tolera, don Alberto afirmó: “Casi todo el maíz, viéndolo, requiere de 600 litros de agua, toda planta de maíz”. “Luego precisó las cualidades de la semilla Emblema: “Por ejemplo, el Emblema, ese sí quiere sus 600 [litros] y [luego] quítenme el agua porque de ahí ya no necesito más agua” (productor maicero, Manabí, abril 2022).

Más adelante, señaló que la cifra exacta de los 600 litros proviene de lo que “los extensionistas” les enseñan. Considerando que ningún productor local cuenta con riego ni con formas de regular el agua que llega a sus parcelas, este dato evidencia la distancia entre el conocimiento técnico y las condiciones concretas de los agricultores en Manabí. Aunque don Alberto no dispone de medios para medir la precipitación durante el ciclo productivo, muestra orgullo por conocer las características de las diferentes semillas. Con miras al poder epistémico, estas cuantificaciones -que forman parte de un lenguaje científico específico- pueden leerse como una forma de subrayar la autoridad de quienes detentan esta forma de saber. Además, sostengo que este tipo de referencias pretende crear una imagen de un proceso productivo altamente controlado, en el que el saber tecnocientífico sería capaz de resolver todos los posibles obstáculos.

No obstante, este relato pasa por alto la exposición efectiva a los procesos naturales, un factor especialmente relevante ante el cambio climático -y la consecuente imprevisibilidad de los fenómenos- y frente a la mayor vulnerabilidad de la agricultura campesina por la falta de capital para invertir en tecnología o siquiera en riego.

Dependencia al saber experto

Dentro de las recetas de la “tecnología” nueva parece ya no quedar lugar para las prácticas tradicionales de los maiceros, las soluciones que aprendieron de generaciones anteriores o que han acumulado a través de ensayos a lo largo de la experiencia productiva propia. Por ejemplo, la diversificación y asociación de cultivos difícilmente es combinable con el uso intensivo de herbicidas; la siembra y cosecha según las fases de la luna no corresponden a las presiones de agroindustria y entidades financieras que imponen sus propios tiempos. Aun así, algunos de las y los productores mayores cuentan que aún realizan ciertas prácticas que no forman parte de la receta “tecnológica”, como hacer abonos propios con hojas de leguminosas. Sin embargo, en conversaciones con maiceros de las generaciones más jóvenes, la mayoría expresa no conocer tales prácticas o que no les funcionan, y que confían más en los productos de las casas comerciales.

En consecuencia, con el paulatino desplazamiento de las prácticas y saberes propios, vienen también mecanismos que buscan perpetuar la posición del

agricultor o agricultora como aprendiz, siempre dependiente de las enseñanzas por parte del experto externo. La ciencia, y especialmente la ciencia impulsada por intereses de acumulación, es marcada por avances continuos. En el caso de la agricultura industrial, eso se materializa en el lanzamiento incesante de productos nuevos. En la percepción de uno de los agricultores de la organización maicera:

año a año, época a época están saliendo nuevos agroquímicos. Entonces ya ellos [los técnicos] vienen ya a socializar cómo es el tipo de uso. Porque ahorita en el mercado tenemos agroquímicos demasiado, pero si no los sabemos usar también le vamos a hacer un daño a la planta, hay que saber cuándo, cómo y dónde aplicar, o en qué época aplicar (productor maicero, Manabí, abril 2022).

Esta dinámica muestra tanto efectos económicos, de justificar precios siempre crecientes y mayor endeudamiento para agricultores, como también epistémicos. El lanzamiento de nuevos productos genera la necesidad de contar con la figura del experto, técnico o ingeniero como traductor de los avances de la tecnociencia. De esta forma, aún después de años de experiencia produciendo según las recetas agroindustriales, la agricultora no se convertiría en experta ella misma. La pérdida de autonomía campesina como efecto de su integración agroindustrial, por lo tanto, no solamente tiene una dimensión material, como mayor dependencia de insumos y financiamiento externo, sino también epistémica, con la introducción de nuevas dependencias a saberes y “expertos” externos. Se expanden los saberes convertidos en mercancía, restringidos en su acceso y en su libre circulación por la privatización del conocimiento mediante patentes (Anderson 2018). Al mismo tiempo, se agrietan los procesos colectivos y autónomos de producción de conocimiento que podrían considerarse bienes comunes (Reyes-García et al. 2018). El caso de don Danilo, uno de los mayores de la asociación, es ilustrativo: comenta su frustración porque, pese a décadas de experiencia agrícola y a la formación acumulada en cursos y talleres, cuando intenta transmitir conocimientos sobre bioinsumos, agroecología y fertilización natural a los otros miembros de la asociación, la asistencia es mínima; en cambio, la llegada de técnicos de empresas agrícolas colma el centro de acopio de la asociación (productor maicero, Manabí, 31.03.2022).

Construyendo verdades únicas: productivismo y desarrollo

El poder epistémico también se relaciona con la universalización de fundamentos onto-epistémicos, posicionando una narrativa única, que invisibiliza y niega la pluralidad de ontologías, de saberes, de sistemas de valores, de formas de mirar e interpretar el mundo (de la Cadena y Blaser 2018; Escobar 2020). Quiero aquí destacar dos aspectos de estos fundamentos onto-epistémicos que acompañan la expansión agroindustrial: el productivismo y la visión de modernización y desarrollo.

Analizando las publicidades de las principales empresas de insumos, resalta que cualquier semilla híbrida que es liberada es promovida principalmente por el aumento del rendimiento respecto a los híbridos que ya están en el mercado. En menor medida, se promociona la capacidad de resistencia y la calidad (visual) del grano (granos cristalinos), pero siempre en combinación con aspectos de una tusa pequeña y granos grandes, y en conjunto un alto rendimiento por hectárea. Aunque para alcanzar los rendimientos prometidos se necesitan cantidades cada vez mayores de fertilizantes químicos, este aspecto no se incluye en el discurso publicitario. Como resultado, la productividad que tanto se enfatiza en los discursos promotores no se fundamenta en su significado económico de más producción con menos insumos. El valor de la producción de alto rendimiento parece estar completamente desvinculado de otros aspectos como el aumento de los costos, el mayor endeudamiento, el impacto medioambiental o las consecuencias para la salud humana. O más bien, el objetivo de lograr el mayor rendimiento posible parece tener más peso que cualquiera de estos otros criterios; en otras palabras, este específico tipo de rendimiento debe lograrse (y, en el caso de siniestros, asegurarse) casi a cualquier costo.

La supuesta superioridad del saber experto es argumentada, principalmente, con la científicidad que lo sostiene, y la mayor productividad en términos de rendimiento por hectárea que lo confirma. Sin embargo, deja fuera de la vista que la manera en la que se mide el éxito de la producción -en rendimiento- no es tampoco neutra, sino que responde a un “paradigma productivista” (Thompson 2005), que incluye un sistema de valores particular. En vez de medir el aporte a la reproducción de la vida -como lo propone la economía feminista (Pérez Orozco 2010)- o el cuidado de la agrobiodiversidad, una revisión de

las instrucciones expertas muestra que la guía es principalmente una: el rendimiento por hectárea.

Se relaciona este sistema de valores con el discurso de desarrollo (Escobar 1995). Se instaura la idea de que para ser “moderno” o modernizado, es obligatorio cambiar las prácticas productivas hacia el modelo agroindustrial; es necesario, como arriba mencionó don Jacobo, “acercarse a la tecnología” y dejar de producir como lo hacían. Como indica críticamente un empleado de una institución pública enfocada en el sector agrario:

[E]s a lo que el sistema ha llevado a la gente, que si tú no pones fertilizante, no haces agricultura, si no pones el paquete, no eres agricultor; Si no haces eso, no eres innovador, eres atrasado, arcaico, ¿no? Y esa concepción que tiene el campesino que ha metido el Estado junto con las transnacionales que quieren que esto se vaya por ese lado, durante 50 años, ya está metida en la gente y sacarla de ahí es bien complicado (empleado público, Quito, marzo 2022).

Aunque implique un alto nivel de endeudamiento y riesgo, ser maicero que aplica el paquete tecnológico se considera más valioso que cultivar de forma diversificada para mercados locales. Esta perspectiva se afirmó unánimemente en un taller de grupo focal que realicé en la organización en agosto de 2022 con el objetivo de discutir la imagen del maicero ideal, frente a su propia realidad. Los participantes del taller, de manera conjunta, definieron las características del “buen maicero”: tiene contactos, logra altos rendimientos, tiene dinero para invertir, es propietario de su tierra, se dedica únicamente a monocultivos de maíz, aplicando los agroquímicos más caros y con un nivel avanzado de tecnología (notas de campo, 13.08.2022). Aunque para la mayoría de los miembros de la asociación, este ideal está percibido como fuera de su alcance debido a sus propias condiciones estructurales, el “buen maicero” representa la idea de modernidad y emprendedurismo plasmado en el que utiliza la ciencia moderna en forma de semilla y agroquímicos y que busca el crecimiento constante.

Esta narrativa que se establece está anclada también en los discursos y prácticas de la política pública. Ejemplo de ello es la campaña iniciada en el año 2021 por parte del Ministerio de Agricultura (MAG), con el nombre “El buen líder rural – de dirigente a gerente”, que oficialmente busca

que las organizaciones tengan las capacidades para una mejor gobernanza y que sean administradas con más eficiencia y con una visión empresarial (...). Esto se logrará a través de formar líderes con una visión empresarial, que lleven adelante esta propuesta de hacer de la agricultura asociativa cada vez un mejor negocio” (Ministerio de Agricultura y Ganadería 2021).

La promesa neoliberal de que todos pueden ser empresarios, y así controlar su destino, sirve de base a numerosas intervenciones estatales y corporativas en el ámbito rural. Ello evidencia el nexo entre poder epistémico y subjetivación: los valores y verdades de un régimen de saber devienen normas de sujeto que interpelan a los agricultores y, al interiorizarse y (re)interpretarse, transforman sus prácticas (Bosančić 2018; Traue y Pfahl, 2022).

Finalmente, tanto el sistema de valores como la supremacía del saber experto se materializan en estructuras concretas que refuerzan la incidencia en las decisiones productivas y en el cambio de uso de suelo. El aparato agroindustrial traduce su particular jerarquía de valores en instrumentos como las líneas de crédito de la banca pública, que no contemplan financiamiento para producciones diversificadas y, por el contrario, canalizan recursos hacia rubros específicos, por ejemplo, el maíz. Para quienes requieren financiamiento, casi no existen diseños alternativos de economías campesinas que sean elegibles bajo esos criterios. En el caso del maíz híbrido, además, el propio modelo impide prescindir de los agroquímicos sin elevar el riesgo de pérdidas significativas, pues las aseguradoras condicionan la cobertura a la aplicación completa del *kit* de insumos. Entonces, aunque aparezca como voluntad propia de cada productor cambiar sus formas de hacer y producir de un modo específico, existen estructuras que presionan hacia esas vías.

Límites del poder epistémico

Sin embargo, no pretendo presentar el poder epistémico como algo que conduce a la dominación total. No hay un “éxito” absoluto de estas estrategias, sino que propongo pensar el resultado como una lucha, negociación y reinterpretación continua en un espacio epistémico donde estas estrategias de poder se encuentran con las estrategias de otros actores, diferentes formas de conocimiento en coexistencia y

el rango de acción de las y los campesinos en cuanto a sus procesos de toma de decisiones. De mi trabajo de campo surgieron varios puntos de fricción que pueden ser entendidos como limitaciones al poder epistémico agroindustrial.

Una de las limitantes para el régimen de saber agroindustrial es el proceso continuo de hibridación de saberes y ontologías (Giraldo 2018). Las esferas de saberes separadas que describimos operan como abstracciones; en la práctica las y los agricultores crean fusiones basadas en lo que les funciona, integrando las instrucciones de los expertos con sus propios saberes basados en sus experimentos y su experiencia. Entre los miembros de la organización, algunos combinan los saberes tecnocientíficos de la agroindustria con los suyos: cultivan maíz híbrido, pero también elaboran *bioles* que aplican en adición o sustitución de ciertos químicos, o reducen el uso de agroquímicos en determinadas áreas para asociar cultivos con fréjol o zapallo. Así, muchos de los productores de la organización demuestran en cierta medida adaptaciones de la receta agroindustrial a sus necesidades y posibilidades.

Otro aspecto es la separación de esferas. Son en particular las huertas y la producción para el autoconsumo que, por una parte, están físicamente separados de su producción de maíz híbrido -en el caso de las y los maiceros de la organización en Manabí, las huertas usualmente están ubicadas cerca de las casas mientras que para llegar a los cultivos de maíz duro requieren de transporte- y, por otra parte también son mantenidos fuera de la lógica de la receta agroindustrial. Esto implica que, aunque se trate de dimensiones menores, en este tipo de producción se mantienen en circulación las semillas nativas, se utilizan insumos propios como abonos naturales, no se aplican agroquímicos, y esta producción no está organizada en un sentido de *mercantilización*, sino que se rige por las necesidades alimentarias de las familias y comunidades. Las huertas aquí pueden entenderse como espacios de resistencia, como también lo han señalado otros estudios (Calderón Cisneros y Santiz Santiz 2022).

Finalmente, también los mecanismos de generar dependencias del saber experto enfrentan limitaciones en la práctica. A través de los procesos de experimentación e intercambio constante entre agricultores, ellos y ellas abren posibilidades de adaptar las recetas a las necesidades y condiciones sociales, económicas y ecológicas propias, con la opción de dejar de seguir la receta al pie de la letra o

de intervenir en el debate para exigir otros productos como parte del *kit* productivo subsidiado que reciben, además de que reafirma la relevancia de la producción colectiva de saberes. Por ejemplo, en abril 2022, representantes de diferentes organizaciones maiceras manabitas se reunieron con el director distrital del Ministerio de Agricultura de Manabí en Portoviejo. Una de sus demandas fue mayor incidencia en la composición del *kit*:

Las empresas de agroquímicos (...) nos dieron un kit donde el 30% no nos ha servido. Pedimos que nos tomen en cuenta, que nos escuchen a nosotros los agricultores para armar los *kits*. No queremos permitir nunca más ese atropello, esa humillación. Nos quieren imponer kits que no nos sacan de ningún apuro, preferiríamos comprar los productos aparte, pero necesitamos el subsidio (productor maicero, notas de campo, 15.04.2022).

En resumen, es en este espacio epistémico que el saber experto, tecnocientífico, es negociado, adaptado, reinterpretado. Es especialmente a través de prácticas cotidianas y sutiles -en la asociación de cultivos, en las huertas, en la adaptación de la receta- que el poder epistémico es desafiado, mostrando sus límites y momentos de rupturas. Los procesos de fusión de distintos tipos de saberes, las adaptaciones a sus necesidades, o la separación de esferas que se rigen por otras lógicas y otros saberes, pueden considerarse un desafío silencioso a la autoridad de los expertos. Además, a través de las fusiones se menoscaba cualquier representación dualista del saber “experto moderno” frente al “campesino tradicional”, haciendo visibles los entrelazamientos siempre presentes (Toledo y Barrera-Bassols 2008).

Conclusiones

Enmarcar el aparato agroindustrial como un “régimen de pensamiento y práctica” (Escobar 1995) permite reconocer que articula saberes, técnicas, incentivos, discursos y normas que configuran las condiciones de posibilidad de su expansión y, al mismo tiempo, reordenan el tejido social más allá de transformaciones estrictamente productivas. Desde esta perspectiva, la expansión del modelo asociado a la “revolución verde” se inscribe en un contexto

ideacional que privilegia el economicismo, el *homo oeconomicus* y la noción universalizada de “desarrollo” como marcha lineal hacia la modernización, la tecnificación y el cientificismo (Gudynas y Acosta 2011), apoyado en una concepción de la naturaleza como recurso inerte y completamente controlable (Sachs 2018).

La expansión del cultivo de maíz amarillo duro en Manabí descansa en la inserción de la agricultura campesina en la lógica agroindustrial. Esta inserción opera mediante estrategias visibles -presión económica, incentivos, subsidios- y registros menos visibles -jerarquización de saberes, terminología experta, violencia epistémica-. Junto con la imposición de “recetas” y paquetes tecnológicos, se promueven formas específicas de saber que reconfiguran la organización del trabajo, la economía familiar, el endeudamiento y las relaciones con la naturaleza; asimismo, inciden en la toma de decisiones productivas. Siguiendo a Li, este proceso “hace técnico” el problema de la productividad y el aseguramiento, orientando la elección ‘libre’ hacia soluciones estandarizadas y financiadas (Li 2007). En paralelo, como plantea Escobar (1995, 2020), se instituyen regímenes de verdad que elevan ciertas prácticas como racionales y universales, descalificando saberes locales como residuales o irracionales. Este orden epistémico tiene efectos materiales y políticos: reorganiza el trabajo, reconfigura la economía familiar -incluido el endeudamiento- y redefine las relaciones con la naturaleza.

En el caso manabita, observamos la consolidación de jerarquías de conocimientos que deslegitiman saberes campesinos, ampliando la brecha entre autoridad experta y productores. Se manifiestan dinámicas afines a la violencia epistémica -en diálogo con Giraldo (2018)- donde la imposición de recetas no solo prescribe prácticas, sino que socava la experimentación colectiva, agrieta procesos autónomos de producción de saber y desplaza criterios de valoración. Este desplazamiento se materializa en ensamblajes institucionales -extensión, proveedores de insumos, agroindustria de balanceado, banca- que articulan incentivos y exigencias, mediando prácticas y decisiones sobre el uso de suelo.

En suma, la expansión agroindustrial en Ecuador se explica tanto por presiones materiales como por dimensiones epistémicas que definen qué cuenta como conocimiento válido y quién puede enunciarlo, instituyendo regímenes de verdad situados que orientan prácticas y paisajes. La integración del

marco foucaultiano permite comprender que el poder es relacional, multidireccional y productivo: no solo restringe, sino que produce sujetos, normas y verdades (Foucault 1980, 1982, 2002). En nuestro caso, el poder epistémico sostiene la expansión agroindustrial al configurar un orden social en el que ciertos conocimientos son reconocidos como racionales, eficientes y universales, mientras otros son descalificados como irracionales o anticuados. Estos regímenes de verdad tienen efectos materiales: estructuran jerarquías, desplazan modos de ver y hacer, y moldean decisiones que transforman los territorios.

En consecuencia, para entender las estrategias de poder del agronegocio transnacional y nacional y las tomas de decisiones por parte de la pequeña agricultura, es clave analizar de forma diferenciada los registros de poder que se aplican y estar especialmente sensibles a los menos visibles, para evitar explicaciones que aceptan la tecnociencia como neutra y los desarrollos actuales como simples expresiones de libre voluntad.

Comprender las prácticas como manifestaciones de saberes y de relaciones de poder que las guían permite abrir espacios de validación para epistemologías campesinas y promover procesos de coproducción del conocimiento.

Agradecimientos. La investigación en la que se enmarca el presente artículo fue posible gracias al financiamiento de la Academia Austríaca de Ciencias a través de una beca DOC-Team. Agradezco, además, a las y los colegas del Instituto de Estudios Ecuatorianos y el Observatorio del Cambio Rural por los aportes y el apoyo logístico y a los miembros de la organización maicera en Manabí por su amable colaboración. Extiendo también mi agradecimiento a las y los revisores anónimos por sus valiosas observaciones y sugerencias, que contribuyeron significativamente a mejorar este trabajo; cualquier error remanente es de mi exclusiva responsabilidad. Este artículo se inspira en un capítulo de la tesis doctoral de la autora.

Referencias Citadas

- Anderson, M.D. 2018. Scientific knowledge of food and agriculture in public institutions: Movement from public to private goods. En *Routledge Handbook of Food as a Commons*, editado por J.L. Vivero-Pol, T. Ferrando, O. De Schutter y U. Mattei, pp. 185-202. Routledge, London.
- Bernstein, H., H. Friedmann, J.D. van der Ploeg, T. Shanin y B. White 2018. Forum: fifty years of debate on peasantries, 1966-2016. *Journal of Peasant Studies* 45 (4):689-714.
- Borras, S.M., J.C. Franco, S. Gómez, C. Kay y M. Spoor 2012. Land grabbing in Latin America and the Caribbean. *Journal of Peasant Studies* 39 (3-4):845-872.
- Bosančić, S. 2018. Self-positioning of semi-skilled workers. Analysing subjectification processes with SKAD. En *The Sociology of Knowledge Approach to Discourse: Investigating the Politics of Knowledge and Meaning-Making*, editado por R. Keller, A.K. Hornidge y W.J. Schünemann, pp. 186-201. Routledge, London.
- Brodsky, A., S. Buckingham, J. Scheibler y T. Mannarini 2016. Introduction to qualitative approaches. En *Handbook of Methodological Approaches to Community-based Research*, editado por L. Jason y D. Glenwick, pp. 13-22. Oxford University Press, New York.
- Calderón Cisneros, A. y C.I. Santiz Santiz 2022. Del huerto al territorio: la agroecología como estrategia para la defensa de la tierra y el derecho a decidir entre mujeres indígenas de Chiapas. *Estudios Sociales. Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo Regional* 32 (60):3-28.
- Campana, F. 2008. Explotación campesina y formas de agricultura de contrato: la producción de maíz. En *Formas de Explotación y Condiciones de Reproducción de las Economías Campesinas en el Ecuador*, editado por F. Campana, F. Larrea y B. Rubio, pp. 83-127. Ediciones La Tierra; Fundación Heifer Ecuador, Quito.
- Daza, E. 2016. El gobierno sobre el campo: analítica de la ley de tierras en Ecuador. *Revista Economía* 68 (107):109-119.
- Daza, E., I. Chuquimarca, D. Singaña, T. Artacker y M.J. Llerena 2020. *Comercio Justo. Estudio de Impactos del Tratado de Libre Comercio entre la UE y Ecuador en la Agricultura*. Friedrich Ebert Stiftung, Berlin.
- Daza, E., D. Singaña y T. Artacker 2023. *Repensando las Agriculturas Familiares en el Sur Global. Alternativas para Enfrentar la Catástrofe Alimentaria*. Friedrich Ebert Stiftung, Quito.
- De la Cadena, M. y M. Blaser (eds.) 2018. *A World of Many Worlds*. Duke University Press, Durham.
- Dodson, C.H. y A.H. Gentry 1991. Biological extinction in western Ecuador. *Annals of the Missouri Botanical Garden* 78 (1):273-295.
- Dutta, U. 2016. Ethnographic approaches. En *Handbook of Methodological Approaches to Community-based Research*, editado por L. Jason y D. Glenwick, pp. 69-79. Oxford University Press, New York.
- Escobar, A. 1995. *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton University Press, Princeton.
- Escobar, A. 2007. *La Invención del Tercer Mundo. Construcción y Deconstrucción del Desarrollo*. Editorial El Perro y la Rana, Caracas.
- Escobar, A. 2020. Sentipensar with the Earth: Territorial struggles and the ontological dimension of the epistemologies of the South.

- En *Pluriversal Politics. The Real and the Possible*, editado por A. Escobar, pp. 67-83. Duke University Press, Durham.
- Esteva, G. 2010. Development. En *The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*, editado por W. Sachs, pp. 1-23. Zed Books, London.
- Flores, R., G. Rondinone, C. Paolo de Salvo y G. Muñoz 2023. *Políticas Agropecuarias, Acuícolas y Pesqueras en Ecuador. Análisis y Cuantificación de los Apoyos en 2017-2021 y su Vinculación con las Emisiones de Gases de Efecto Invernadero*. Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, D.C.
- Foley, J.A., R. DeFries, G.P. Asner, C. Barford, G. Bonan, S.R. Carpenter, F.S. Chapin, M.T. Coe, G.C. Daily, H.K. Gibbs, J.H. Helkowski, T. Holloway, E.A. Howard, C. Kucharik, C. Monfreda, J.A. Patz, I.C. Prentice, N. Ramankutty y P.K. Snyder 2005. Global consequences of land use. *Science* 309 (5734):570-574.
- Foucault, M. 1980. *Power/Knowledge. Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*. Pantheon Books, New York.
- Foucault, M. 1982. The subject and power. *Critical Inquiry* 8 (4):777-795.
- Foucault, M. 2002 [1975]. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la Prisión*. Siglo XXI Editores, México D.F.
- Foucault, M. 2015 [1964]. *Historia de la Locura en la Época Clásica*, Vol. 1. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- Frederiksen, T. y M. Himley 2020. Tactics of dispossession: access, power, and subjectivity at the extractive frontier. *Transactions of the Institute of British Geographers* 45 (1):50-64.
- Gibbs, H.K., A.S. Ruesch, F. Achard, M.K. Clayton, P. Holmgren, N. Ramankutty y J.A. Foley 2010. Tropical forests were the primary sources of new agricultural land in the 1980s and 1990s. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* 107 (38):16732-16737.
- Giraldo, O.F. 2018. *Ecología Política de la Agricultura. Agroecología y Posdesarrollo*. El Colegio de la Frontera Sur, San Cristóbal de las Casas.
- Grosfoguel, R. 2011. La descolonización del conocimiento: diálogo crítico entre la visión descolonial de Frantz Fanon y la sociología descolonial de Boaventura de Sousa Santos. *Tabula Rasa* 15:97-108.
- Gudynas, E. y A. Acosta 2011. La renovación de la crítica al desarrollo y el buen vivir como alternativa. *Utopía y Praxis Latinoamericana* 16 (53):71-83.
- Harvey, D. 2003. *The New Imperialism*. Oxford University Press, New York.
- Hitzler, R. y M. Gothe 2015. Methodologisch-methodische Aspekte ethnographischer Forschungsprojekte. En *Ethnographische Erkundungen. Methodische Aspekte aktueller Forschungsprojekte*, editado por R. Hitzler y M. Gothe, pp. 9-16. Springer VS, Wiesbaden.
- Jenkins, J. 2016. *Sistematización del Modelo de Gestión de la Alianza Público Privada del Proyecto Nacional de Cadenas Agrícolas Estratégicas ("Plan Semillas") y el Fondo para la Integración de Cadenas Agroproductivas ("FICA")*. Documento de Trabajo N° 7, Serie Informes de Asistencia Técnica. RIMISP FIDA, [s.l.].
- Laforge, M. y P. Caller i Salas 2016. La dinámica contemporánea de la agricultura familiar campesina e indígena en Ecuador. En *Manifiesto para la Agricultura Familiar Campesina e Indígena en Ecuador*, editado por F. Houtart y M. Laforge. Editorial IAEN, Quito.
- Lander, E. 2000. *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Ediciones FACES/UCV, Caracas.
- Lasso, G. 2019. *La Disputa de Territorios en Torno al Sistema Agroalimentario Ecuatoriano. Estrategias de Poder y Resistencia, Procesos de Territorialización y Desterritorialización*. Tesis doctoral, Instituto de Ciencia y Tecnología Ambientales, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Lazzarato, M. 2012. *The Making of the Indebted Man. An Essay on the Neoliberal Condition*. Semiotext(e), Los Angeles.
- Leon, X. y M. Yumbra 2010. *El Agronegocio en Ecuador. El Caso del Maíz*. Acción Ecológica, Quito.
- Levers, C., D. Müller, K. Erb, H. Haberl, M. Jepsen, M. Rudbeck, M. Metzger, P. Meyfroidt, T. Plieninger, C. Plutzer, J. Stürck, P. Verburg, P. Verkerk y T. Kuemmerle 2018. Archetypical patterns and trajectories of land systems in Europe. *Regional Environmental Change* 18 (3):715-732.
- Li, T.M. 2007. *The Will to Improve. Governmentality, Development and the Practices of Politics*. Duke University Press, Durham.
- Li, T.M. 2014. *Land's End. Capitalist Relations on an Indigenous Frontier*. Duke University Press, Durham.
- Mahmood, R., R. Pielke, K. Hubbard, D. Niyogi, G. Bonan, P. Lawrence, R. McNider, C. McAlpine, A. Etter, S. Gameda, B. Qian, A. Carleton, A. Beltran-Przekurat, T. Chase, A. Quintanar, J. Adegoke, S. Vezhapparambu, G. Conner, S. Asefi y J. Syktus 2010. Impacts of land use/land cover change on climate and future research priorities. *Bulletin of the American Meteorological Society* 91 (1):37-46.
- Mignolo, W. 2010. *Desobediencia Epistémica: Retórica de la Modernidad, Lógica de la Colonialidad y Gramática de la Descolonialidad*. Ediciones del Signo, Buenos Aires.
- Ministerio de Agricultura y Ganadería 2020. Informe de Rendimientos 2020. <https://sipa.agricultura.gob.ec/index.php/rendimientos-de-maiz-duro-2020>
- Ministerio de Agricultura y Ganadería 2021. MAG inaugura el programa "Buen Líder Rural - de Dirigente a Gerente". <https://www.agricultura.gob.ec/mag-inaugura-el-programa-buen-lider-rural-de-dirigente-a-gerente/>
- Ministerio de Agricultura y Ganadería 2022. *Boletín Situacional. Cultivo de Maíz Amarillo*. https://fliphtml5.com/ijia/birj/Bolet%C3%ADn_Situacional_Ma%C3%ADz_Amarillo_Duro_2021/
- Ministerio de Agricultura y Ganadería 2025. Geoportal del Agro Ecuatoriano. <http://geoportal.agricultura.gob.ec/index.php>
- Palermo, Z. 2010. Una violencia invisible: la "colonialidad del saber." *Cuadernos FHyCS* 38:79-88.
- Pérez Orozco, A. 2010. Crisis multidimensional y sostenibilidad de la vida. *Investigaciones Feministas* 1:29-53.

- Polo Blanco, J. 2016. Colonialidad del poder y violencia epistémica en América Latina. Coloniality of power and epistemic violence in Latin America. *Revista Latina de Sociología* 6 (1):27-44.
- Reyes-García, V., P. Benyei y L. Calvet-Mir 2018. Traditional agricultural knowledge as a commons. En *Routledge Handbook of Food as a Commons*, editado por J.L. Viviero-Pol, T. Ferrando, O. De Schutter y U. Mattei, pp. 173-184. Routledge, London.
- Rivas, C.A., J. Guerrero-Casado y R.M. Navarro-Cerillo 2021. Deforestation and fragmentation trends of seasonal dry tropical forest in Ecuador: impact on conservation. *Forest Ecosystems* 8 (1):46.
- Sachs, C. 2018. *Gendered Fields. Rural Women, Agriculture and Environment*. Routledge, London, New York.
- Shiva, V. 2016. *The Violence of the Green Revolution. Third World Agriculture, Ecology, and Politics*. University Press of Kentucky, Lexington.
- Sistema de Información Pública Agropecuaria (SIPA) 2024. Cifras agroproductivas. <https://sipa.agricultura.gob.ec/index.php/cifras-agroproductivas>
- Superintendencia de Control del Poder de Mercado 2023. *Estudio de Mercado de las Cadenas Agroalimentarias del Ecuador*. <https://www.sce.gob.ec/sitio/wp-content/uploads/2023/10/Estudio-de-mercado-de-las-cadenas-agroalimentarias-del-Ecuador-SCPM-IGT-INAC-003-2022.pdf>
- Thompson, P.B. 2005. *The Spirit of the Soil. Agriculture and Environmental Ethics*. Routledge, London.
- Toledo, V.M. y N. Barrera-Bassols 2008. *La Memoria Biocultural: la Importancia Ecológica de las Sabidurías Tradicionales*. Icaria Editorial, Barcelona.
- Traue, B. y L. Pfahl 2022. What is subjectivation? Key concepts and proposals for future research. En *Following the Subject. Grundlagen und Zugänge empirischer Subjektivierungsforschung - Foundations and Approaches of Empirical Subjectivation Research*, editado por S. Bosančić, F. Brodersen, L. Pfahl, L. Schürmann, T. Spies y B. Traue, pp. 25-44. Springer VS, Wiesbaden.
- Winkler, K., R. Fuchs, M. Rounsevell y M. Herold 2021. Global land use changes are four times greater than previously estimated. *Nature Communications* 12:2501.

Notas

- ¹ El 60% de la producción de balanceado es destinado a la cadena avícola, específicamente (Superintendencia de Control del Poder de Mercado, 2023). El incremento en la producción de maíz, por lo tanto, está directamente relacionado con el aumento en el consumo de carne de pollo en Ecuador durante las últimas décadas.
- ² En el Ecuador existe un precio mínimo de sustentación que es negociado cada año en el Consejo Consultivo de la Cadena Agroalimentaria del Maíz Amarillo. Aunque están representados los productores de maíz en esta mesa, no es equivalente su poder de negociación con el de las empresas. Otra problemática es la falta de control de estos precios de sustentación en las transacciones de comercialización cotidianas, lo que lleva a quejas constantes por parte de los gremios de productores.
- ³ En el ciclo productivo de 2022, el monto que recibieron de BanEcuador fue de 950 dólares por hectárea (monto fijo). Este valor está muy por debajo del costo promedio de producir una hectárea de maíz (ubicado en alrededor de USD 1,800), indicando la relevancia de contar con otra fuente adicional de financiamiento.
- ⁴ La Constitución ecuatoriana del 2008 prohíbe el ingreso y uso de semillas transgénicas, razón por la que, a diferencia de otros importantes productores de maíz como Estados Unidos, Brasil o Argentina, no está en uso el maíz transgénico.